

## *Los uniformes del Museo del Ejército*

VICENTE ALONSO JUANOLA\*

Las distintas etapas de la formación del actual Museo del Ejército, así como las vicisitudes y traslados posteriores, con las subsiguientes pérdidas de fondos, han influido de manera determinante en las existencias de uniformes que hoy en día tiene el museo.

Antes de entrar en el tema de los fondos del mismo, conviene hacer un recorrido por la historia para conocer sus orígenes y posterior evolución hasta llegar a la época actual.

El punto de partida es, sin duda, el reinado de Felipe V y el comienzo de la Guerra de Sucesión, ya que antes de ese momento la uniformidad era prácticamente inexistente, con la excepción de las Tropas de la Casa Real.

Sólo a finales del siglo xvii, en los últimos años del reinado de Carlos II, comenzaron los intentos formales de uniformar a los Tercios, proporcionando casacas que eran del mismo color para los componentes de un mismo Tercio. De ahí las denominaciones de Tercio de Azules Viejos, de Morados Viejos, etc.

Durante los reinados de la monarquía austríaca, y antes de ella, se distinguía a los soldados del resto del pueblo, principalmente por su porte y por lo general por una cierta exageración en el tamaño y colorido de sus adornos, como eran las cintas o plumas de los sombreros walones, o el tamaño de sus botas, espuelas, bandoleras y cueros necesarios para soportar las armas.

Por lo demás, las prendas se asemejaban en su corte a las de los paisanos, y variaban con la moda.

Felipe V, en 1702, comienza la reorganización del ejército y la adaptación de los uniformes españoles a los usados por el ejército francés desde la época

---

\* Profesor del Servicio Histórico Militar.

de Luis XIV. Durante catorce años se compran los uniformes en Francia, hasta provocar la protesta de los sastres y fabricantes de paños españoles.

De esta forma comienza la uniformidad en el ejército español, introduciéndose la casaca justacorps francesa, la chupa y el tricornio, o sombrero acandilado, y la gorra granadera, que perdurarán durante todo el siglo XVIII, viéndose afectados a lo largo de él, únicamente por los imperativos de la moda, que paulatinamente iba reduciendo la cantidad de paño necesario para fabricar casacas y chupas.

La Infantería vistió de blanco, con un color en las vueltas, distintivo de cada Regimiento. La Caballería, con casacas blancas y las chupas y calzones de su divisa. Las casacas de los Dragones fueron paulatinamente tendiendo al amarillo, a medida que se acercaba el final del siglo. La Artillería, los Ingenieros, las Tropas de Casa Real y la Real Armada, vistieron de azul turquí, con vueltas y chupas rojas como divisas, que mantuvieron hasta el reinado de Alfonso XIII.

A finales de XVIII y principios del XIX, aparece el bicornio, que fue el resultado de la progresiva elevación del candil delantero del tricornio.

Tres imágenes son clásicas del soldado español del siglo XIX:

La primera la de las casaquillas cortas, pantalones rectos y chacós tronco-cónicos, más estrechos por arriba que por abajo, o viceversa, así como los cascos metálicos con cimera a la Minerva y crin de caballo para la caballería, que se corresponden con los reinados de Fernando VII y mitad del de Isabel II.

La segunda, la del ros, el poncho de paño pardo con esclavina, que se llevó en la Guerra de África de 1860, y la, levita, que llegará prácticamente hasta la regencia de doña María Cristina.

Y la tercera, la aparición de la guerrera de tres dos o una fila de botones, que al principio llevaba cordoadura de pelo de cabra en la de diario y de oro en la de gala. Azul oscuro para la Infantería, Artillería e Ingenieros, y el llamado azul Cristina para la Caballería.

En el siglo XX, y hasta la definitiva aparición del color kaki en 1927, es de todos conocida y recordada la imagen del soldado español con ros, guerrera azul turquí y pantalón rojo, para la Infantería y pantalón azul para Artillería e Ingenieros, continuando el mencionado azul Cristina en la Caballería.

No podemos olvidar el rayadillo de África y Península y el de Ultramar. El uno de algodón crudo, con las rayas negras separadas entre sí alrededor de un centímetro; y el otro con el aspecto gris azulado, de los llamados «mil rayas».

Una vez recordadas esas imágenes, entraremos de lleno a analizar cuáles son los fondos del museo, en materia de uniformes, y la procedencia de los mismos.

Al crearse el Museo de Artillería en 1803, no parece que se contemplase la idea de incluir entre sus fondos, uniformes. De haber sido así, alguno habría llegado hasta nuestros días. Por lo tanto, no existe ningún uniforme original del siglo XVIII en la totalidad de sus prendas, aunque sí parcialmente.

No ocurrió lo mismo con los Museos de Caballería e Infantería. Al crearse el primero a finales del siglo XIX y el segundo a principios del XX, contaron ambos desde el primer momento entre sus fondos, con uniformes del tiempo de su fundación e incluso de su pasado más inmediato.

Por supuesto, a partir de la unificación de los diferentes museos en uno, no se perdió ni se pierde, la ocasión de enriquecer las existencias con uniformes de las distintas Armas y Cuerpos, los cuáles han seguido llegando por los dos conductos más clásicos: el de las donaciones y el de la adquisición por parte del museo a coleccionistas, anticuarios o familiares de aquéllos que los vistieron.

El conjunto de uniformes que componen los ricos fondos del museo, podemos dividirlo en tres bloques bien diferenciados:

El primero compuesto por aquellos uniformes o prendas militares que, a base de reproducciones, representan la indumentaria de los soldados de los siglos XV, XVI, XVII, XVIII y algunos del XIX. Proceden, la mayor parte, del Museo de Infantería de la Academia de Toledo. Se confeccionaron al fundarse el mencionado museo en 1908, basados en las láminas de conocidos historiadores del siglo XIX, como Clonard o Giménez.

Fueron magníficamente copiados por sastres militares, utilizando botones, hebillas, correaes y armas, absolutamente auténticos, correspondientes a la época que representa el uniforme o indumentaria y que procedían de los propios fondos del museo. En cuanto a los maniqués que los soportan son de una gran calidad y con tal componente artesanal, que si hoy se quisieran adquirir seguramente saldrían a un precio prohibitivo. Después de casi cien años no están ya en muy buen estado, pero hay que hacer lo posible por conservarlos pues no son de fácil sustitución.

A este primer bloque de reproducciones, pertenecen también las confeccionadas en 1908, para ser vestidas por soldados, en la conmemoración del *Centenario del 2 de mayo y de los Sitios de Zaragoza*. Se hicieron por orden del entonces Capitán General, don Fernando Primo de Rivera, y con la autorización escrita de don Alfonso XIII. La técnica de realización fue la misma que la de los del Museo de Infantería, de ahí que hoy podamos contemplar un uniforme de artillero de 1808, hecho en 1908, pero con los botones de la época.

La última adquisición del museo, correspondiente a este bloque, es la de cuatro uniformes del siglo XVIII, dos de Reales Guardias Españolas y dos de Reales Guardias Walonas, que, en 1992, fueron donados por la DRISDE del Ministerio de Defensa, y que se confeccionaron para la celebración del Día de España en la OTAN, en Mons (Bélgica).

El segundo bloque los constituyen aquellos uniformes total y absolutamente originales de la época, y que se pueden contemplar tanto en las Salas de Infantería, como en las de Caballería, Artillería o Ingenieros, así como en la Sala de África, del siglo XX y en las demás que, dependientes de este mu-

seo, se encuentran en el Alcázar de Toledo. Comprende uniformes desde el reinado de don Alfonso XII hasta el presente.

También se pueden y se deben incluir aquí, los que los de perteneciendo al museo se encuentran actualmente en denominados museos específicos de las actuales Academias Infantería y Caballería.

Todos ellos han sido vestido y utilizados en su momento, aunque de la mayoría se ignora el nombre del usuario.

La última y más importante adquisición de este segundo apartado, es la colección de uniformes compuestos de guerrera y pantalón, o prendas sueltas, en perfecto estado, que en número aproximado de 60 unidades, todas ellas del reinado de Alfonso XIII, fueron adquiridas en 1992. Entre ellas hay uniformes de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros, tanto de oficiales como de soldados y, alguno, incluso del famoso rayadillo.

Y aquí llegamos al tercer bloque de mencionados, y que, sin duda, y por múltiples razones es el más importante. Se incluyen en él aquellos uniformes que constituyen importantísimos recuerdos históricos y que se conservan, principalmente, en tres de las salas del museo.

Las salas denominadas genéricamente de «Recuerdos Históricos» son el marco inigualable, en el que se exponen los uniformes, armas y prendas personales de héroes, gobernantes y personajes célebres de la Milicia y de la Nación.

Alguna vez se ha dicho, y estoy totalmente de acuerdo, que el Museo del Ejército es un museo romántico. Si se visitan con detenimiento las mencionadas salas, se aprecia que, sin provocarlo, se les viene encima el siglo XIX español y con todo su enorme contenido de acontecimientos militares y políticos. Contribuye a este efecto, no sólo la conformación de las salas, sino también su decoración, las banderas que penden del techo y, sobre todo, el contenido de las magníficas vitrinas de roble.

En la Sala de la Guerra de la Independencia, podemos ver la casaca verde de Oficial del Estado Mayor de Artillería que perteneció a don Pedro Velarde. Más allá, el bonito sombrero bicornio del Marqués de las Amarillas, primer Duque de Ahumada y padre del fundador de la Guardia Civil. Junto a él, la casaca del Teniente General don José Manso, Coronel del Regimiento de Infantería Ligera I Iostalrich núm. 8, que mandó toda la infantería ligera del Ejército de Cataluña durante la Guerra de la Independencia.

Al lado de la anterior, se encuentra la casaca de Ingeniero General que utilizó el General Blake en el desempeño de ese cargo. Blake procedía de Infantería, y durante la Guerra del Rosellón, había levantado y mandado el Regimiento de Cazadores Voluntarios de la Corona, que más tarde quedó como fijo. En medio de las prendas mencionadas se puede ver la charretera y la capona de la Subteniente doña Agustina de Aragón.

Sin salir de esta sala podemos ver, además, las armas que pertenecieron a personajes tan ilustres como Napoleón, Castaños, Murat o Wellington, y a los guerrilleros Juan Martín «El Empecinado» o don Juan Palanca «El Médico».



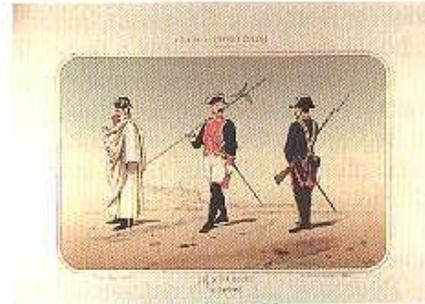
*Uniformes del siglo xvii.*



*Uniformes del siglo xviii.*



*Uniformes del siglo xix.*



*Uniformes de alabarderos.*

Penetrando en la denominada Sala de Carlos I, nos encontramos con dos mesas-vitrinas a derecha e izquierda. La primera contiene una levita de uniforme del General don Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, quien envió a las tropas a disolver las Cortes el 3 de Enero de 1874.

También en esa vitrina está el sable del otro Pavía, don Manuel Pavía y Lacy, Marqués de Novaliches, que tanto contribuyó a la restauración borbónica en la persona de don Alfonso XII. Sobre el mismo tablero, las casacas de gala y media gala y una levita de diario de don José Gutiérrez de la Concha, Marqués de La Habana, gran impulsor del museo.

En la mesa-vitrina paralela a la anterior, se conserva la leopoldina, el galán y la levita que don Juan Prim y Prats llevaba, cuando lo arcabucearon en la calle del Turco, dentro del coche que desde las Cortes lo trasladaba al Palacio de Buenavista. Se aprecian perfectamente en las mangas y costados izquierdos los destrozos de los disparos.

En vitrinas de la pared, se nos presentan las casacas de Espoz y Mina; la levita del otro Gutiérrez de la Concha, don Manuel, Marqués del Duero, muerto en la batalla de Monte Muro, durante la Tercera Guerra Carlista. Se conserva también en el museo el carro de varas en que se transportó su cadáver.

Muy cerca, el gabán y chistera de don José de Canalejas, y, debajo, la camisa que llevaba puesta el día de su asesinato a manos del anarquista Pardiñas. Junto a las prendas de don José, una casaca de gala del uniforme de Ministro, que perteneció al otro presidente del Consejo de Ministros asesinado en la Puerta de Alcalá en 1921, don Eduardo Dato.

En mesas más pequeñas están los uniformes de don Joaquín Navarro Sangrán, primer director del museo; el del asesinado General Ceballos y la bayoneta con que lo fue; también el del General Carratalá, redactor de las Capitulaciones de Ayacucho.

Importantísima es la vitrina de las prendas del infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, pasado al bando Carlista y que por dos veces hubo de reconocer y jurar a Isabel II.

Un poco más adelante nos encontramos con las vitrinas del General Cabrera y con la de la propia reina Isabel II, donde se puede admirar la casaquilla de Capitán General, el bicornio y un sombrero redondo con pluma. Con dicho atuendo aparece en un cuadro existente en la escalera interior de este edificio.

Lógicamente, la relación de todas la prendas importantes que custodia el museo sería ardua labor que naturalmente se sale de nuestro objetivo.

Podemos también detenernos en el uniforme de húsar, con chapkas de polaco, como prenda de cabeza, del más romántico de los generales: don Diego de León, la mejor lanza de España, que en un siglo plagado de alternancias políticas, guerras civiles y continuo rumor de sables, se arriesgó y perdió. Su aventura le costó que Espartero, dueño del bicornio, una escopeta con leyendas en oro y otros objetos que reposan en una vitrina cercana, lo mandara fusilar.

Asimismo en esta sala, y como uniforme curioso, cabe destacar el del General Bouligny, ayudante de campo del rey consorte don Francisco de Asís, destacando el león sedente que con la garra derecha sujeta el escudo de las Armas reales.

El Salón de Reinos y la Saleta de la Reina también ofrecen en sus vitrinas uniformes de personajes famosos.

Por último, y para resaltar que el Museo del Ejército sigue ampliando sus fondos tanto de épocas anteriores como del presente, se exponen los objetos personales de uniforme de campaña de dos de los últimos héroes españoles, los Tenientes Aguilar y Muñoz, fallecidos en Bosnia en 1993, cuando cumplían con su humanitaria misión con los «cascos azules».